

UMBRAL.

EL PAPA FRANCISCO Y LA IDOLATRÍA DEL DINERO.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

En el discurso que pronunció en la audiencia con Su Santidad, el Presidente del gobierno español Mariano Rajoy apuntó: “La elección del Papa Francisco ha suscitado muchas esperanzas en un mundo necesitado de sólidos referentes.”

Y es que, el entrecruce y la confusión de los mensajes que se reciben a lo largo y ancho del mundo como saetas lanzadas en todas direcciones, han empobrecido el papel del pensamiento sólido y la garantía de duración de los valores. De igual manera, los tentáculos de las grandes corporaciones que dirigen anónimamente las corrientes monetarias y financieras y la impotencia práctica del ciudadano común frente a esas fuerzas, piden el diseño de un cauce moral para salir de la perplejidad, el asombro o, lo que es peor, la resignación y la derrota que deprimen.

Las palabras pronunciadas por el Pontífice con motivo de la recepción de las cartas credenciales de algunos embajadores y en la audiencia con la Canciller de Alemania Ángela Merker, enmarcadas dentro del haz luminoso de la fiesta de Pentecostés, han sido de extraordinaria importancia, al grado que un periódico estadounidense liberal, “The New York Times” no las pasó por alto y las calificó como brotadas de la inspiración de la teología de la liberación.

Su Santidad hizo hincapié en la dimensión humana de muchas situaciones. Apuntó: “Hay que reconocer que la mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo siguen viviendo en una precariedad diaria, con consecuencias desastrosas. Algunas patologías aumentan con sus consecuencias psicológicas: el miedo y la desesperación se adueñan del corazón de muchos...la alegría de vivir disminuye; la indecencia y la violencia van en aumento...Hay que luchar para vivir y, con frecuencia, para vivir de una forma que no es digna.” Y profundizó en busca de las causas generadoras: “Una de las causas de esta situación, en mi opinión, radica en la relación que tenemos con el dinero, en aceptar su dominio sobre nosotros y sobre nuestras sociedades...la crisis financiera que estamos atravesando nos hace olvidar su origen primero: una profunda crisis antropológica, ¡la negación de la primacía del hombre! Hemos creado nuevos ídolos: el antiguo culto al becerro de oro ha encontrado una imagen nueva y despiadada en el fetichismo del dinero y en la dictadura de la economía sin rostro ni objetivo verdaderamente humano.”

Dando un paso en profundidad, dijo espontáneamente: “—Si las inversiones bancarias fallan, ¡qué tragedia! Pero si hay gente que muere de hambre o no tiene comida o salud, no pasa nada.” Y continuó hablando a propósito del consumo (comprar, comprar, comprar) y de la cultura del desecho (cómpralo, abúrrete y tíralo) y de la cerrazón que comporta hacia la solidaridad: ésta, “que es la riqueza de los pobres, se considera contra la racionalidad económica y financiera. Mientras el rédito de una minoría crece de manera exponencial, el de la mayoría se debilita. Este desequilibrio se deriva de las ideologías que promueven la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera, negando así a los Estados el derecho de controlar, aunque sean los encargados del bien común. Se instaura una nueva tiranía invisible, a veces virtual...la deuda y el crédito alejan a los países de su economía real y a los ciudadanos de su poder adquisitivo real. Hay que añadir una corrupción tentacular y una evasión fiscal egoísta que ha asumido proporciones mundiales.”

En el fondo se encuentra la negación de la ética, del equilibrio de valores y, en último término de Dios y su amor infinito y solidario: “¡La ética molesta! Es contraproducente, demasiado humana, porque relativiza el dinero y el poder; es una amenaza porque rechaza la manipulación y la sumisión de la persona. Porque la ética lleva a Dios, que está más allá de las categorías del mercado...Dios es incontrolable, incluso peligroso, porque llama al hombre a su plena realización y a la independencia de cualquier esclavitud.”

Palabras fuertes y claras.

Podremos, sin embargo, preguntarnos: ¿para mí, que vivo en Nayarit o en el occidente de Jalisco, qué pueden significar? Mucho. Basta dirigirlas como faro a nuestro alrededor: el flujo de inversiones hacia la “Riviera” en detrimento del desarrollo de otras regiones, la “nueva agricultura” de maquila que hace a los antiguos campesinos peones mal asalariados, los precios alterados del frijol y del maíz, la crisis del tabaco, el impacto de los “megaproyectos” que parecen venir: el canal Costa de Oro, la presa del río San Pedro; el ruido de los conciertos distractivos de Luis Miguel y Julio Iglesias, la “cruzada contra el hambre” y las “farmacias de la gente”, paliativos para clientelismo político; el manejo antidemocrático de la información y las decisiones. Hay en el fondo un desprecio y un insulto a la dignidad humana que llama a la reflexión.